



La Cruz del Señor, debilidad del hombre, fortaleza de Dios

«Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga», dijo el Señor a sus discípulos (Mc. 8, 34). Es interesante observar que los evangelios sinópticos –Mateo, Marcos, Lucas– que con frecuencia redactan las mismas palabras y obras de Jesús pero con expresiones y en contextos diferentes, en este caso repiten los tres exactamente igual la misma expresión, con la pequeña añadidura de Lucas, que dice «su cruz *de cada día*», señal de que esta frase, este *logion* del Señor quedó profundamente grabado en el recuerdo de los Apóstoles y discípulos, y continuamente repetido en la meditación de las comunidades primitivas. Es decir, que el lema de la «campaña electoral» de Jesús –si se nos permite la expresión– estaba bien claro para todos y no engañaba a nadie.

Los líderes del mundo suelen enrolar en sus filas a la gente prometiéndoles algo positivo, palpable y atractivo, ya sea el bienestar material, los puestos de trabajo, las pensiones, la sanidad pública, la justicia social, y otros bienes; a veces, el poder político cultural o económico, la gloria y el triunfo para sus inmediatos seguidores y colaboradores. Pero ninguno propone como ideal para su grupo aceptar el dolor, asumir el fracaso y la humillación, amar al enemigo, poner la otra mejilla, abandonar el manto, perdonar las deudas, etc., como hizo Jesús de Nazaret en su predicación, y repite continuamente por todo el mundo con la proclamación del Evangelio, que ha quedado como «programa electoral» intocable e irreformable para su «etapa de gobierno».

Y, sin embargo, parece que ha tenido bastantes seguidores que han asumido con entusiasmo este misterio y esta contradicción. Aunque ni toda la humanidad estrictamente hablando haya llegado a ser cristiana, ni los que nos hemos proclamado sus discípulos hayamos cumplido su «programa» al cien por cien, no se puede negar que a lo largo de casi dos mil años y en todos los continentes y países del mundo ha habido miles de millones de personas que han entregado su vida y han aceptado su muerte por la causa de Jesús, y en su seguimiento han encontrado una alegría y una fuerza que ha dado pleno sentido a su existencia.

Con ocasión del Centenario de la Cruz de Caravaca, estamos-meditando en estos días próximos a la celebración de la Semana Santa, no en la cruz en general, como medio de ejecutar a los reos de pena capital, tantas veces utilizado en diversos países durante mucho siglos, sino precisamente en la cruz de Jesús de Nazaret, contemplada a la luz de la fe cristiana, de la fe de la Iglesia, que ve en ella al mismo tiempo el dolor y la gloria del Hijo de Dios; la injusticia del hombre contra su Dios, y la misericordia y el amor de Dios hacia el hombre; la muerte del autor de la vida, y la vida del autor de su muerte.

El dolor y el fracaso no deben oscurecernos la esperanza de la resurrección y la alegría de la gloria, pero tampoco el triunfo de la resurrección debe impedirnos ver en toda su crudeza y realismo el aspecto terrible e incomprensible de la cruz de Jesús, pasando a la ligera y como sobre ascuas por el misterio y hasta el escándalo que supone la muerte del Hijo de Dios.

1. EL HOMBRE, CRUCIFICADO

En la crucifixión culminan todos los sufrimientos de Jesús en su pasión. Sin querer explotar el sentimentalismo, no podemos tampoco negar los sentimientos de compasión que suele producir el dolor ajeno en las personas de buen corazón. ¿Cómo no condolerse viendo a un ser humano, sea quién sea, maltratado, azotado, pisoteado, abofeteado, insultado, arrinconado, impotente e indefenso frente a sus torturadores, que le rodean como perros rabiosos?

Aunque fuera culpable, hay situaciones tan dolorosas e inhumanas que por sí mismas despertarían nuestra compasión y nuestra indignación. ¡Cuánto más si sabemos que la víctima era totalmente inocente! ¡Y cuánto más si se tratara de un gran hombre, benemérito para la humanidad, como lo fueron Gandhi, Martin Luther King, Monseñor Oscar Romero y tantos otros que bien podrían recordarse a lo largo de la historia!

Pero Jesús de Nazaret ha sido el hombre más grande entre los grandes, por sus palabras y sus obras, su admirable doctrina sobre Dios, del que se declaraba el Hijo, y sobre los hombres, promoviendo una fraternidad universal. Pasó toda su vida haciendo el bien, curando enfermos, librando endemoniados, resucitando muertos, siempre con milagros de amor y nunca de odio o de venganza. ¡Y a este hombre le vemos clavado en el patíbulo, condenado a una muerte dolorosa y humillante, reservada a los esclavos y los peores criminales! Bien podría haber repetido ahora lo que dijo en otra ocasión: «Muchas obras buenas que vienen del Padre os he mostrado. ¿Por cuál de estas obras queréis apedrearme?» (Jn. 10,32). Y ahora: ¿Por cuál de estas obras me habéis crucificado?

Aunque la flagelación y la crucifixión ocasionaban dolores terribles a los condenados, además de la muerte en el segundo caso, reconozcamos que otros hombres de la historia han padecido en el aspecto físico dolores mayores y más prolongados que Jesús, bien por enfermedades largas y dolorosas, bien por torturas refinadas y repetidas durante mucho tiempo.

Y, sin embargo, en el orden moral, si penetramos con la fe en la conciencia del Señor, sus sufrimientos fueron incomparablemente mayores que los de cualquier hombre. Como dice San Pablo, Dios «al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros» (2Co. 5, 21). Para que nosotros llegáramos a ser hijos de Dios, el Hijo de Dios se hizo «el Hijo del Hombre», como Jesús solía autodenominarse, aplicándose la cita del profeta Daniel, y así ser nuestra Cabeza y representante, para lo bueno y para lo malo.

Como cuando alguien se hace cargo de las deudas de la familia o de un amigo, firmando un «pagaré», Jesús cargó con nuestros pecados, se encargó de pagar nuestras deudas, nuestros crímenes, violencias, mentiras, injusticias, guerras, lujurias, torturas, borracheras, odio, infidelidades, insolidaridades y un largo etcétera, una inmensa factura en la que todos, quién más quién menos tenemos una deuda.

¿Podemos ni imaginar siquiera cuál sería la lucha titánica desencadenada en el corazón de Jesús, que tendía hacia el Padre con una fuerza inmensa, y al mismo tiempo se sentía rechazado, porque Dios y el pecado son absolutamente incompatibles y el Señor nos representaba a todos los pecadores en la cruz?

¿Qué sentiría un hombre honrado y bueno, acusado y condenado por delitos que no había cometido, como ocurrió con aquellos irlandeses, condenados en Inglaterra a cadena perpetua como terroristas –¡y porque la pena de muerte había sido suprimida hacía pocos años!– y que eran inocentes, como se descubrió después de varios años, cuando gracias a una abogada incansable y paciente se revisó el juicio y fueron absueltos? ¿Qué vergüenza frente a sus familiares, amigos y compañeros de trabajo, que pensarían que ellos habían cometido aquel crimen horrendo, en el que hubo varios muertos? ¿Y qué sentiría el corazón santísimo de Cristo, viéndose ante el Padre como culpable de todas nuestras miserias y pecados?

Incluso ante su pueblo y sus discípulos Jesús fue motivo de escándalo y vergüenza. Como se dice vulgarmente, cuanto más alto se sube, más dura es la caída. Y Jesús había subido muy alto en la opinión del pueblo, que le seguía como al profeta esperado durante cinco siglos, el taumaturgo que realizaba milagros admirables, el hombre de Dios, el hombre de oración, de santa vida, o acaso hasta el Mesías y el mismo Hijo de Dios.

Y ahora le ven colgado de una cruz, condenado por las autoridades religiosas como blasfemo y seductor, como hereje y rebelde, como falsario descubierto, como fracasado en sus locas pretensiones. ¡Qué dolor para su Madre y su familia! ¡Qué humillación para sus discípulos! ¡Qué consternación para sus seguidores, que le habían aplaudido y defendido frente a sus enemigos! ¡Y qué triunfo para éstos, que al fin habían conseguido hundir para siempre a este visionario, este revolucionario que pretendía dar lecciones de doctrina, de culto y de moral!

Jesús, completamente desnudo, completamente hundido, completamente fracasado, agoniza en silencio entre las risas y las burlas de sus enemigos, y la confusión, el escándalo o la huída cobarde de sus amigos, como se refleja en los discípulos de Emaús, cuando hablando con el desconocido, que era Jesús resucitado, dicen de él «Nosotros creíamos...». Creían que era un gran profeta, poderoso en obras y palabras, pero ya no creen, no esperan, están miedosos y desesperados, y por eso se alejan...

2. EL DIOS CRUCIFICADO

Pero el fracaso de la cruz no repercute solamente sobre el hombre Jesús, sino en el mismo Dios. Si alguna vez han podido encontrar argumentos de apoyo los ateos es en ese momento, cuando todas las esperanzas y promesas del Antiguo Testamento fracasan estrepitosamente. Aquí llega el problema de Job al paroxismo: si Dios es justo, ¿cómo permite que el bueno sufra tanto, y el malo tanto triunfe? Sonaría a burla, blasfemia o ironía leer delante de la cruz algunos salmos: Por ejemplo, «nunca he visto al justo abandonado» (Ps 36). O bien: «Te adelantas

a bendecirlo con el éxito, pones en su cabeza una corona de oro puro. Te pidió vida, y se la concedes, y prolongas sus días para siempre jamás». (Ps 21).

En cambio, vemos a Jesús en el «trono» de la cruz, coronado de espinas, abandonado de su pueblo, abandonado de sus discípulos, y, lo que es más terrible, abandonado de Dios. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Ps 22). Pero Dios no responde a esa pregunta, decisiva en la historia; esa pregunta que pudieron hacer también su madre y sus amigos; esa pregunta que se han hecho tantos hombres de buena voluntad, y que no tuvo más respuesta que el silencio.

¡El silencio de Dios! ¿Qué significa? Si algún hombre en la historia mereció la respuesta divina, ése era Jesús. Si Dios no le responde ni le ayuda, ¿qué podemos esperar, humanamente hablando, los demás? ¿Es que no existe, y no puede contestar? ¿O es que no quiere...? No sabríamos decir cuál de estas soluciones sería más terrible. Si este hombre no era el Hijo de Dios, ¿quién podría serlo? Y entonces, todas las esperanzas de los hombres se desvanecen como el humo. Y si era Dios, Dios ha muerto, y todo es absurdo, y nada tiene ya sentido ni tiene fundamento.

Ciertamente, la conducta de Dios rompe nuestros esquemas, nos puede parecer absurda, poco práctica, nada apologética, como si diera apoyo a los agnósticos y los racionalistas, poniendo dificultades añadidas a la evangelización y la tarea misionera de la Iglesia. Porque he aquí que Dios manifiesta descaradamente lo más impresentable, lo más escandaloso, lo más contradictorio, que es la cruz de Jesús, «escándalo para los judíos locura para los paganos», como dice San Pablo (1Co 1, 23). Ante el pueblo escogido y ante los ojos del mundo, Jesús, el Hijo de Dios, muere abandonado de Dios. En cambio, lo más atrayente y convincente, lo que podría apoyar y demostrar la verdad del mensaje y la figura del Señor, como sería la resurrección, se quedó escondida en el secreto del sepulcro en cuanto al hecho de resucitar, y se manifestó a muy pocos, en cuanto a la presencia viva del Resucitado.

Parece como si Dios no tuviera buenos asesores de imagen y de publicidad. Cualquiera de nosotros le habría dado mejores y más prácticos consejos. Y no digamos los poéticos, los gobernantes y los directores de grandes bancos y empresas, con sus equipos de técnicos y de asesores.

3. LA FUERZA DE DIOS

Aguardemos un poco. El drama no ha terminado. Esto no ha de quedar así. Despedirnos ahora sería como marcharnos del teatro antes de que se represente el último acto de la obra. Sepamos esperar con esperanza junto al crucificado muerto. Con la muerte todo se acaba para el hombre, pero no para Dios. El salmo 22, que comienza con las palabras que el Señor dijo en la cruz —«¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?»—, termina con un grito de triunfo y de esperanza: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos. En medio de la asamblea te alabaré. Cumpliré mis votos en presencia de todo el pueblo. Yo viviré para el Señor, mi descendencia le rendirá culto, hablarán de él a la generación venidera» etc.

Porque cuando podía parecer que Dios olvidaba e incumplía las promesas del Antiguo Testamento es precisamente cuando las cumple en su verdad y plenitud, no con nuestras cortas miras, sino con la mirada de Dios, que mira hacia la eternidad. Si entonces hubiera librado a Jesús de la cruz, habría vivido algunos años más; pero al fin habría muerto para siempre, y nosotros con Él.

Pero es precisamente por medio de la cruz como Dios va a conceder a su Hijo amado no solo vida larga, sino vida eterna; no una corona de oro fino, sino una corona de gloria; no un trono de un reino humano, sino el trono del reino divino, basado en la justicia, la verdad, el amor y la paz.

Por supuesto, que el fundamento principal de nuestra fe cristiana se basa en que Cristo resucitó, como nos narran los cuatro evangelistas. En el libro de los Hechos, San Pedro lo repite continuamente: «Nosotros somos testigos de esto». Y lo mismo se afirma en las Cartas apostólicas, en especial en las de San Pablo, que tuvo en el camino hacia Damasco una experiencia del Resucitado que le transformó para siempre de perseguidor en discípulo apasionado del Señor y evangelizador incansable y heroico de su evangelio.

Y, sin embargo, aún siendo indiscutible que nuestra vida cristiana tiene su apoyo principal en la Resurrección, parece como si a lo largo de la historia de la Iglesia la experiencia cristiana más frecuente girase en torno a la Crucifixión. Claro está que sería imposible hacer una estadística exacta de esto, teniendo en cuenta la extensión de la comunidad cristiana en el tiempo y en el espacio, además de tratarse casi siempre de sentimientos íntimos, difíciles de rastrear desde fuera y aún de comunicar desde dentro.

Pero ciertos síntomas parecen apuntar en esa dirección. Por ejemplo, la abundancia de imágenes del Crucificado, en escultura y en pintura, en los diversos tiempos, pueblos, culturas y estilos artísticos, en contraste con la escasez, casi rareza, de imágenes del Resucitado, a pesar de que la renovación teológica y litúrgica reciente ha vuelto a acentuar con razón este aspecto de la vida espiritual que es la alegría pascual. Y las normas litúrgicas de la Iglesia han exigido siempre que en la celebración de la Eucaristía haya una imagen del crucificado.

Curiosamente, el mismo San Pablo, que no conoció a Jesús en su vida histórica ni pudo acompañarle en su crucifixión, sino que su primer encuentro con el Señor fue como resucitado, y que insiste continuamente en la realidad de la resurrección, afirma también que no quiere saber nada de nada más que a Cristo, «y Cristo, crucificado» (1Co 2, 2); «nosotros predicamos a Cristo crucificado». Y llega a decir con profunda emoción: «Estoy crucificado con Cristo». (Gal 2, 19). Y en otra parte: «No quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gal 6, 14).

¿Qué fuerza tiene este hombre impotente y clavado en el patíbulo? ¿Qué atractivo puede irradiar este espectáculo, humanamente horrible del crucificado? Acaso se pueda encontrar un esbozo de explicación en la misma experiencia de Pablo, cuando sentía aquella prueba que describía como «aguijón de Satanás». Al pedirle al Señor que se la quitara, le dijo que le bastaba su gracia, porque su gracia se muestra perfecta en la debilidad (2Co 12, 7-10). Y añade: «Así, pues, gustosamente seguiré presumiendo de mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo».

A los cristianos de Corinto, que presumían de los dones de sabiduría, viene a decirles que puesto que el mundo no quiso escuchar a Dios en la sabiduría de la predicación de Jesús, al final le habló en la locura de la cruz. Y sigue: «Porque mientras que los judíos piden milagros, y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Mas para los que han sido llamados, —sean judíos o griegos—, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios». (1 Co, 1, 22-24).

Ejemplos de esta experiencia se pueden rastrear a lo largo de la historia de la Iglesia. San Juan de la Cruz tenía por lema lo que escribía a un religioso: «Jamás, si quieres llegar a Cristo, le busques sino en la cruz». (Avisos, 83). San Pablo de la Cruz, llamado «el apóstol del

Crucificado», tuvo varios fenómenos místicos en relación con Jesús en la cruz, y decía en una carta: «Por misericordia de nuestro querido Dios, no deseo saber otra cosa ni gustar otros consuelos. Sólo deseo ser crucificado con Jesús». (23.11-1720). San Antonio María Claret decía en la hora de la muerte: «Mi gloria y mi alegría está en la cruz». Y San Felipe Benicio llamaba a la cruz «mi libro».

Pasando a nuestro tiempo, Guillermo Roviroa, fundador de la HOAC, que había buscado la verdad durante muchos años por diferentes caminos religiosos, había caído al final en el escepticismo. Después de convertido a la fe cristiana, decía que para él su centro era Cristo «pobre, desnudo y crucificado». Edith Stein centró su vida espiritual en Cristo crucificado, y así lo manifiesta en su nombre de carmelita: Teresa Benedicta de la Cruz.

El cardenal Lustiger, actual arzobispo de París, judío de raza, lo era también de religión hasta su adolescencia. Aunque la familia vivía en París, en 1940 les enviaron a su hermana y a él a Orleans, por ser una ciudad más tranquila en aquel tiempo de guerra. Un día entró por curiosidad en la catedral, que estaba en su camino hacia el liceo donde estudiaba, y vio en una capilla lateral muchas luces y flores, y gente alrededor. Al día siguiente, al pasar junto a la catedral, sintió una fuerza misteriosa que le empujaba a entrar de nuevo. La Iglesia estaba vacía, y solamente se divisaba en el centro un gran crucifijo. Era Viernes Santo. Y en aquel momento tuvo la convicción de que quería ser bautizado.

El mismo obispo de Orleans se cuidó de dar la catequesis a él y a su hermana. Más adelante se ordenó de presbítero, fue capellán de universitarios en París, y algún tiempo después fue nombrado precisamente obispo de Orleans, ocupando aquel despacho donde había recibido la instrucción cristiana, y presidiendo en aquella catedral donde Cristo Crucificado le había llamado a la Iglesia.

Conozco una mujer, agnóstica durante muchos años, actualmente en un cargo de mucha responsabilidad en Madrid, que por caminos que ahora no son del caso, conoció a Cristo, y en sus primeros tiempos de conversión su vivencia más profunda estaba centrada en el Señor clavado en la cruz por ella y por su amor.

Después de todo, con bancos, con ejército, con universidades, con gobiernos, con fábricas, con ordenadores y laboratorios, los hombres pueden hacer muchas cosas y emprender muchas empresas. Pero nadie puede realizar la obra más grande de la historia, que es salvar al hombre de sí mismo y de la muerte, precisamente con un fracasado, con un condenado, con un ejecutado. Eso tan sólo puede hacerlo el mismo Dios, y precisamente lo que hizo con el misterio de la Cruz de Jesús.

4. LA CRUZ DE LA IGLESIA

A todos los cristianos nos gustaría tener un «lignum crucis», una reliquia de la cruz del Señor. Auténticas o legendarias, las astillas de la cruz se han extendido desde hace muchos siglos por toda la Cristiandad, siendo objeto de culto y de veneración popular. Aún así, no todas las comunidades han tenido la suerte de poseer una reliquia tan valiosa. Y, sin embargo, en toda la Iglesia se conserva realmente la verdadera Cruz de Jesucristo.

¿Cómo puede ser esto, estando a veinte siglos de distancia de aquel suceso? Por el misterio de la Eucaristía. En la última cena, Jesús anticipó su entrega en la cruz: «Tomad y comed; ésto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros». «Tomad y bebed, porque éste es el cáliz de mi

sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de los pecados». Luego les dijo: «Haced esto en conmemoración mía». (Mt. 26, 26-30; Mc. 14, 22-25; Lc. 22, 15-20; 1Co. 11, 23-25). Y comenta San Pablo: «Así, pues, siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva». (1Co. 11, 26).

Por éso, si la Cena es la anticipación de la Cruz, la Misa es su prolongación a través del tiempo y del espacio, para que todos podamos unirnos a Cristo en su ofrenda por nosotros al Padre, y para unirnos al Señor, en la comunión de su cuerpo y de su sangre. En el sermón de la cena, Jesús nos descubre las profundidades de su inmenso amor: «Como el Padre me amo, así os he amado yo a vosotros». (Jn. 15, 9) Y así quiere que nos amemos entre nosotros: «Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros.» (Jn. 13, 34; 15, 12).

Comulgando en la Misa, nos unimos al sacrificio de Cristo en la Cruz, y crecemos en su amor al Padre y a los hermanos. Más aún: el mismo Cristo viene a morar en nosotros: «El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él» (Jn. 6,45-58). Juan es el único evangelio que no nos transmite la institución de la Eucaristía, porque la ha tratado simbólicamente en el Sermón del Pan de Vida, en los capítulos 6 y 7; además, en la cena, es también el único que recoge la lanzada del soldado en el pecho de Jesús, del cual destaca con mucho misterio que «de su costado salió agua con la sangre», indicando así que del Crucificado ha brotado el Espíritu Santo y la Iglesia, el Bautismo y la Misa.

Las imágenes del Crucificado nos recuerdan el dolor y el amor de Jesús hacia nosotros. Los fragmentos de la cruz son conmovedoras reliquias por las cuales Dios mueve nuestros corazones al seguimiento del Señor. Pero la Santa Misa contiene realmente en toda su plenitud el misterio de nuestra salvación, el misterio pascual de la muerte y la resurrección de Jesucristo. Además, después de la celebración, conservamos su cuerpo eucarístico en el sagrario, tanto para llevar la comunión a los enfermos y moribundos, que experimentan en sus vidas el peso del dolor y de la cruz, como para que acudamos a Él para adorarle por su inmensa grandeza, para darle gracias por sus interminables beneficios, para pedirle perdón por nuestros pecados, y ayuda en nuestras muchas necesidades.

5. LA CRUZ DEL CRISTIANO

«El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga», recordábamos al principio. Lo esencial de la vida cristiana consiste en el seguimiento de Jesús en su vida, su muerte y su resurrección. Por la Encarnación, Dios ha querido asumir la vida del hombre en todos sus aspectos, menos en el pecado. De una u otra forma, el dolor es consubstancial a nuestra vida humana. Dolores físicos o dolores morales, más extendidos que los dolores físicos; dolores presentes o futuros y temidos; dolores reales o solamente imaginarios, que también hacen sufrir; dolores propios o dolores ajenos, de las personas queridas, que duelen también a los amigos y parientes, y un largo etcétera son el acompañamiento inevitable de todo ser humano desde la cuna hasta el sepulcro.

No es aquí el lugar para tratar el problema del dolor y del mal, pero sí recordar de paso que muchos males no son inevitables, sino que nosotros mismos nos los buscamos. Si suprimiéramos las guerras, asesinatos, robos, injusticias, opresiones, violencias, imprudencias, vicios y

pecados de todas clases, el mundo sería casi un paraíso. Reconociendo que siempre quedaría un resto de mal inevitable e inexplicable, hay que reconocer también que Dios no ha querido explicarnos por qué lo ha permitido. Sin embargo, también hay que afirmar con esperanza que en Cristo si no nos lo ha explicado, sí que nos lo ha solucionado, que es lo que más nos importa en realidad. En la cruz de Jesús tenemos no la explicación, pero sí la solución para el dolor humano.

En la cruz de Jesús –la mayor injusticia, el mayor dolor y el mayor fracaso de la historia–, todos los fracasos del hombre, incluido el fracaso supremo e inevitable de la muerte, pueden terminar en el triunfo definitivo y eterno de la vida. En la cruz de Jesús radica realmente la esperanza de los hombres.

Esa cruz nos acompaña toda nuestra vida de una forma o de otra, en mayor o menor proporción, según la medida que nuestro Padre Dios permite en su amorosa y misteriosa providencia, para la cual siempre nos da las suficientes fuerzas. Como dice el refrán, «Dios, que da la llaga, da la medicina». Si Él hubiera querido, habría evitado a su Hijo la cruz. Pero en su insondable designio quiso que fuera ésa la puerta para entrar en su Reino, y lo mismo para nosotros, sus discípulos.

Pero no estamos solos. Si seguimos al Señor, también podríamos decir que el Señor nos sigue a nosotros, nos acompaña, nos ayuda, haciendo de Cirineo de nuestra propia cruz. Más aún: sufre y camina en nosotros, como Él prometió: «Él que me ame, mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn. 14, 23). Por eso, bien podemos decir como San Pablo: «Ya no soy yo quien vive. Es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2, 20). Desde el Bautismo, el Espíritu Santo habita en nosotros para hacernos miembros de Cristo, y poder llamar a Dios «Padre», y a los hombres «hermanos». Cuando Jesús Resucitado se apareció a San Pablo en el camino de Damasco, le preguntó: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hch. 9, 4), cuando en realidad, Pablo perseguía a los cristianos.

También nosotros podemos decir como el apóstol de los gentiles: «Estoy crucificado con Cristo» (Gal. 2, 19), o bien: «Suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo». El Señor comparte toda nuestra vida, y por lo mismo sufre en nosotros nuestro dolor, y lleva en nosotros nuestra cruz, que tiene así también un valor redentor, una fuerza divina y un horizonte de esperanza. Inclusive, en muchas ocasiones, una alegría misteriosa y una profunda paz que ni el mundo puede dar ni el mundo puede quitar, como han experimentado los místicos y los santos.

En la última cena, cuando se acerca sobre Jesús la sombra terrible de la pasión y de la cruz, dice a sus discípulos, dándoles ánimos, que en el mundo estarán tristes, pero que su tristeza se convertirá en alegría. No dice que la tristeza pasará, y luego vendrá la alegría, sino algo tan inaudito y extraordinario como que la misma tristeza se convierta en alegría (Jn. 16, 20). Algo así como aquella medicina homeopática, las vacunas, que con cierta dosis de los mismos microbios desarrollaba anticuerpos contra la enfermedad. Jesús, en la cruz, no rehuyó la muerte, sino que la tragó, y con la muerte temporal penetró en la vida eterna, la vida para siempre.

La cruz de cada día entra así en la dinámica del misterio pascual, de muerte y resurrección. «El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que quiera conservar la vida, la perderá, y el que la pierda por mí, la conservará». (Mt. 10, 39). Es decir, que siempre que buscamos vivir la vida a nuestra manera, según nuestro capricho y por nuestros caminos egoístas, la perdemos lamentablemente. Pero siempre que la vivamos por Cristo, con Cristo y según los caminos de Cristo, la encontraremos en plenitud y para siempre.

Destaquemos, no obstante, un matiz importante: Ni en la vida de Cristo ni en la del cristiano tiene el dolor la última palabra. Supondría una verdadera derrota de Dios. Dios y el dolor son incompatibles por principio. Él sólo lo permite para un bien mayor. Y el bien mayor es el amor. El dolor es el «test», la prueba del amor, y al mismo tiempo, es la fragua y el yunque donde se forja el amor.

Los que más aman son los que más sufren; y los que mejor saben sufrir por los demás son también los que más y mejor saben amar. Aquel que no ama a nadie, no sufre por nada, y el que no aprende a sufrir, no aprenderá a amar. Cristo, en la cruz, realiza esa sublime alquimia, imposible para el hombre, sólo posible para Dios, de convertir la muerte en vida, la tristeza en alegría, y el dolor en amor.

Sobre la cruz de Cristo se podría poner como título: «Así ama el amor». Jesús, con los brazos abiertos y con el pecho abierto, es el sacramento del corazón sin límites de Dios, que nos recibe con un amor inmenso en su regazo paternal y maternal.

La actitud cristiana ante la cruz no sólo consiste en rechazarla, ni siquiera tan sólo en llevarla con paciencia, sino también en ayudar a llevarla a los demás, a tantos hermanos y hermanas que andan por la vida con una cruz insoportable. También en ésto se cumple aquella declaración del Señor sobre el juicio final, la cual ahora podríamos acomodar a nuestra reflexión: «Siempre que ayudásteis a llevar su cruz a un hermano más débil, a mí me ayudásteis a llevarla. Venid, benditos de mi Padre». (Mt. 25, 40).

6. LA CRUZ DEL SEÑOR Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Preguntemonos, para terminar, qué puesto debe ocupar la presentación de la Cruz en la nueva evangelización, que por todas partes se está necesitando y promoviendo. ¿Debemos silenciarla o esconderla para no amedrentar o añuyentar al hombre de nuestro tiempo, tan hedonista, materialista y consumista, que busca el bienestar a cualquier precio, y no quiere saber nada del dolor y el sufrimiento?

En realidad, en todo tiempo el hombre rehuye por instinto el dolor, la tristeza y el fracaso. Los mismos discípulos de Cristo no querían escuchar ni querían entender sus anuncios sobre lo que le esperaba al Señor como fin de su vida. Y, sin embargo, Jesús nunca suavizó su mensaje, sino que insistía en ello como algo necesario, querido por el Padre y aceptado por el Hijo para la salvación del mundo.

Después de Pentecostés, con la luz del Espíritu Santo, los Apóstoles y discípulos comprendieron muy bien la necesidad indispensable de la pasión, la crucifixión y la muerte del Señor, tanto para la gloria de Jesús como para la Redención del hombre. Por éso, en su predicación mantuvieron en alto la bandera de la Cruz de Jesucristo, sin esconder en lo más mínimo sus aspectos dolorosos y humillantes, presentando abiertamente el misterio pascual, en el que por la fuerza de Dios, la muerte se transforma en vida; el dolor, en amor, y la humillación, en gloria para siempre.

Sería un grave error quedarse sólo con la Cruz o sólo con la Resurrección, que son como las dos caras de una misma moneda, o como los dos lados de una misma puerta. Pero con una venturosa condición, de la que debemos alegrarnos, y es que la puerta se abre tan sólo en un sentido, de la muerte a la vida. De haber sido al revés, la alegría y la gloria serían el paso temporal hacia la muerte eterna. En cambio, en el sentido del misterio pascual, lo temporal y

pasajero son la humillación, el dolor y la muerte, mientras que la gloria, la felicidad y la vida son eternas.

No solamente no sería un estorbo en la nueva evangelización el predicar la cruz de Cristo y del cristiano, sino que en ella podemos encontrar la fuerza divina que brota del Crucificado, para encontrar al Dios de la vida y la vida de Dios. Ni como hombres, ni menos aún como cristianos, podemos ser masoquistas ni buscar el dolor por sí mismo. Por el contrario, debemos luchar por superar o, al menos, aliviar los sufrimientos de los hombres.

Pero la vida lleva siempre consigo inevitablemente muchas ocasiones de padecimientos, contrariedades, incidentes, accidentes, enfermedades, problemas, desgracias, catástrofes y tantas clases de males, que no nos faltarán ocasiones en la que debemos enfrentarnos como discípulos de Cristo a la cruz inevitable, para sacar un bien mayor de todo mal con el que nos tropecemos.

Esta actitud aporta al hombre una fuerza moral, un talante optimista, luchador y esforzado, que ayuda aún en lo humano a enfrentarse con la vida de manera positiva, superando situaciones difíciles, como se puede comprobar en las vidas de los santos, en lugar de encoger el ánimo y entregarse inermes y sin lucha frente a los problemas que nos puedan sobrevenir. Pero, además, como cristianos tenemos la plena confianza de que Dios Padre, lo mismo que hizo con su Hijo Jesús, no permitirá que nos suceda nada realmente malo si en su providencia no sabe de antemano que podemos, con la gracia del Espíritu Santo, convertirlo en un bien mayor.

Nuestro horizonte último es el Reino de Dios, reino de vida, de paz, de amor y de alegría eterna. Pero la puerta estrecha para entrar en él es el costado abierto del Crucificado. Si queremos evangelizar evangélicamente, de acuerdo con el Evangelio, no podemos ocultar el misterio de la Cruz del Señor, donde se manifiesta de manera suprema el amor infinito de Dios hacia nosotros, llamándonos a la conversión, e invitándonos a entrar en su Casa, donde celebra una gran fiesta cada vez que vuelve a la familia un hijo pródigo.

Alberto Iniesta
Obispo Auxiliar Emérito de Madrid